

EL ECO DE CARTAGENA.

Martes 13 de Setiembre de 1881.

DEL INSTINTO

Y LA INTELIGENCIA DE LOS ANIMALES.

A propósito de la inteligencia, no es únicamente la palabra la que yo discuto: no hay en los animales nada de análogo, nada que demuestre inteligencia. Lo mismo sucede con la memoria; existe entre ellos algo parecido, pero que con muchísima razón se ha clasificado de «reminiscencia» para distinguir de la memoria del hombre.

La memoria de los animales no es una facultad intelectual como la del hombre; Buffon comprendía perfectamente esta diferencia cuando escribía: «Yo distingo de dos clases de memorias, enteramente distintas por sus causas, y que, sin embargo, pueden parecerse alguna vez por sus efectos; la primera es el resto de nuestras ideas, y la segunda, á la que yo daría el nombre de «reminiscencia» mejor que memoria, no es más que la renovacion de nuestras sensaciones; la primera emana del alma la segunda es al contrario, no se produce más que por la reaccion de los estímulos del sentido material, y «es la única cosa que puede concedérsela á los animales» sus sensaciones anteriores se renuevan por las actuales.»

Esta apreciacion de Buffon es sumamente justa, el animal no tiene la facultad de recordar una cosa; es preciso que una sensacion fisica se le recuerde. No le es posible recordar una sensacion pasada; si ésta no se renueva por la presencia del objeto, que se la hizo sentir por primera vez.

Es, pues, el objeto que le recuerda la sensacion anterior ú otra nueva, que puede llamarse «independiente de su voluntad.» A los animales les es imposible acordarse de nada por medio de la reflexion, porque no reflexionan.

Se ven algunos niños muy escasos de inteligencia, con una gran memoria y que recitan grandes romances que no comprenden, repiten maquinalmente (permitasenos la palabra) los sonidos que les hieren con fuerza en los oidos. En estos no existe más que, como en los animales, la «reminiscencia» de las sensaciones percibidas, reminiscencia que se sucede por nuevas sensaciones que vienen á recordar las antiguas.

Cuando se amaestra un caballo, se le hace obedecer castigándole, por que esta sensacion le recuerda la misma que otras veces ha sentido con igual castigo; evita, pues la correccion sin razonarla, y ejecuta solamente por instinto la orden recibida con un «movimiento ó señal que ya conoce y que le asusta.»

A mi parecer no existe la «voluntad» en el animal. La voluntad no puede existir sin pensar, y el animal no piensa, y su alma no es libre.

En los animales, la voluntad «que emana» del alma y que dirige el cuerpo, está sujeta á las sensaciones exteriores.

El alma recibe algunas emociones por efecto del lazo misterioso que la une con el cuerpo. Solamente en el hombre es la dueña de las órdenes que da y puede obrar contrariamente á las sensaciones percibidas, mientras que en el animal es la «esclava de estas sensaciones.» Cada vez que el animal se rebela contra las emociones que experimenta y no quiere ceder ante ellas, tengo la conviccion que otra cualquiera sensacion, producida, por ejemplo, del temor ó inclinaciones instintivas, obran en el momento sobre él con más fuerza.

El alma del hombre es completamente libre. No solamente dirige el cuerpo, sino que tambien se gobierna á sí misma.

El alma del animal se encuentra en un grado muy inferior, comparada con la del hombre, es completamente esclava. Por este motivo el hombre tiene derecho de mandar sobre los animales y de someterlos á su voluntad. Para someter el animal á nuestras exigencias, es necesario y basta el hacerle sentir sensaciones y obrar con tacto y método en su organismo. De este modo se somete su voluntad y se la dirige.

Me parece, sin embargo, que este sistema hace desaparecer mucho más pronto toda su brutalidad, que el que reconoce en los animales una voluntad libre é inteligente. En efecto, si se adopta este último, es necesario admitir que sus rebeldias y resistencias en ejecutar lo que se les manda, proviene de una idea fija y voluntariosa de no obedecer, y el modo de vencer todos estos resabios es, primero por la paciencia, y despues por la fuerza, á no ser que se quiera conceder al animal la condicion de poder razonar, lo cual no deja de ser más que una opinion completamente equivocada.

Por el contrario: si nos convencemos que la voluntad del animal no es libre, se comprenderá perfectamente que un motivo cualquiera obra indudablemente en ella y provoca la rebeldia y la inobediencia: entonces se busca cuál es ese motivo, y despues de descubierto, se hace de manera de poderlo destruir, por los medios racionales; si no se llega á descubrir, se prueba al ménos por procedimientos lentos y progresivos, sustraer del animal esa influencia oculta, y es difícil que en el trascurso de su enseñanza no se descubra.

Debo hacer notar que yo no condeno los medios enérgicos en casos excepcionales, pues es sabido que se

se hace experimentar en el animal una impresion más fuerte que la producida por la causa desconocida, cederá dicha impresion y se cometerá, á ménos que no sobrevenga un accidente, siempre de temer en semejantes casos.

Pero, indudablemente, la violencia no debe emplearse más que en circunstancias especiales, es decir, cuando sea indispensable para vencer en poco tiempo las resistencias que se encuentren. Al principio debe excluirse desde luego la enseñanza.

Creo que el hombre puede fácilmente enseñar á todos los animales domésticos los ejercicios que estén en relacion con sus facultades físicas é instintivas, si emplea con inteligencia el método que acabo de indicar: es decir, si tiene paciencia, mostrándose benévolo y firme al mismo tiempo, y si en lugar de hacer á su educando responsable de sus actos, concediéndole la cualidad de razonar, que no tiene, se convence que el animal obra siempre independientemente de todo razonamiento, segun las sensaciones que ya ha percibido, y que recuerda, y segun las costumbres contraídas.

Por este medio creo firmemente que se puede someter y domesticar á los animales siempre que se los enseñe ó amaestre desde muy pequeños. He visto en un circo un domador que penetraba en una jaula donde se hallaban tres magníficos tigres, se echaban en el suelo, se ponía á jugar con ellos, se montaba á caballo en sus espaldas, y estos animales parecían quererle mucho: alzándose sobre sus patas traseras, le lamaban la cara y se rozaban con él como unos gatos. Hubiera querido ver á este domador obrar del mismo modo con los leones que, si es preciso creer á los naturalistas, son mucho más susceptibles de domesticar que los tigres.

Pero sin duda para escitar mayor emocion en el ánimo del público en general, empezó á provocar la cólera de cinco leones, con los cuales se encerraba, los castigaba etc., etc., de tal modo, que los animales rugían y enseñaban los dientes con rabia, el público, entusiasmado, aplaudía con frenesí.

Esto viene á probar que el hombre puede domesticar todos los animales, por el temor que sabe hacerse inspirar. Ahora bien: yo concibo que si debe hacerse temer, tambien debe ser justo y tener paciencia. El que abusa de la superioridad que ha sabido conquistarse, es indigno de ejercer esta superioridad... y tarde ó temprano es castigada su estúpida crueldad.

Terminaré con esta reflexion, que me parece suficiente para confirmar lo que ya he dicho sobre el alma de los animales y sus facultades.

Algunas veces he creído observar en los animales ciertos sufrimientos por no poder comprender lo que les mandaban, y esto lo demuestra el perro cuando, en algunas ocasiones, parece enfurecerse contra sí mismo, ó se echa lastimeramente en el suelo por no poder hacer lo que le ordenan; tambien el caballo, cuando se impacienta, sacude la cabeza y remueve el pelo, por no saber ejecutar las órdenes de algun jinete torpe; querer que los animales obren en atencion á sus facultades intelectuales, es querer un imposible, pues únicamente se consigue irritarlo, porque ellos carecen de inteligencia.

Y este ejemplo, ¿no nos da lugar á suponer el alma del animal, en que conoce su falta de libertad, y el estado de esclavitud y servilismo á que está reducida?

Se me figura adivinar lo que dirán ahora mis lectores: «Hè aquí uno que nos vá á predicar la metempsícosis.»

Pero aquí doy fin, contentándome solamente con añadir, que sobre este particular el más sábio se encuentra obligado á decir humildemente como yo: no sé nada.

(De La France Chevatine.)

Escuelas de relojeros.—A los muchos establecimientos de enseñanza industrial que cuenta Paris, hay que añadir el de una escuela de relojerías cuyo primer curso se inauguró ha poco tiempo.

Este establecimiento no huelga, ciertamente, en el cuadro del de Artes y Oficios de Paris, pues la industria relojera florece diariamente en Francia de treinta y cinco años á esta parte.

Besancon, por ejemplo, fabricaba 62,000 relojes en 1846, y en 1856 llegaba ya á 160,000 en 1866, á 305,000 y en 1875 á 456,000. Este incremento de la fabricacion francesa ha bastinado mucho á la Suiza que de cinco años á esta parte viene atravesando una crisis dolorosa.

Casi todos los relojes que se venden en Francia proceden de Besancon, Suiza no importa en Francia más que unos 20.000 relojes de oro, y 50.000 de plata. Aun muchos de estos relojes de aparente procedencia suiza, son francesas, pues como las fábricas de Ginebra conservan toda via su fama se ponen las máquinas francesas en cajas suizas, y se les reexpide á Francia.

En el departamento de Doubs, la industria relojera sustenta á más de 40,000 personas. Sólo en Besancon ocupa á más de 6.000 obreros distribuidos entre 192 fábricas.

La escuela de relojería de Besancon fué fundada en 1862, y da enseñanza teórica y práctica á ochenta